EL MAESTRO
GIL BLAS DE SANTILLANA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Juan Redondo y Menduiña

MUSICA DEL MAESTRO

Joaquín Zaboada Steger

N. P. 1,25 Ptas

UNIÓN MUSICAL ESPAÑOLA
(Antes Casa Dotésio)
EDITORES
MADRÍD: Carrera de San Jerónimo, 34 y Preciados, 5.
BILBAO: Cruz, 6. **SANTANDER: Wad-Rás, 7.**
BARCELONA: Pta. del Angel, 1 y 3. **VALENCIA: Paz, 15.**
ALICANTE, Mayor, 37.

22

UNTA DELEGADA
DEL
ESORO ARTÍSTICO
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional
Procedencia
T BORRÁS
N.º de la procedencia

PERSONAJES

CONCHA.
PROFESORA.
MARÍA.
DAMIANA.
FLORA. (Este personaje habla con marcado acento andaluz.)
LUISA.
MATILDE.

Coro de niñas.

La escena en Madrid.--Época actual.

La letra y música de esta obra es propiedad de la Unión Musical Española, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España, ni en los países con los cuales haya celebrados o se celebren en adelante Tratados internacionales de propiedad literaria.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Gabinete bien amueblado. Puerta al foro y laterales. Balcón en segundo término derecha; delante de él un velador.

ESCENA PRIMERA

PROFESORA *sentada ante el velador y leyendo un libro. Después* CONCHA.

PROFESORA. En verdad que es un gran libro.
¡Qué gran estudio social!
Dos libros que enseñan mucho
son «Don Quijote» y «Gil Blas».
El primero ha conseguido
una fama universal,
y el sabio y el ignorante
buscan con creciente afán
las curiosas aventuras
que agradan cada vez más.
En el hidalgo manchego
mucho tienen que admirar,
pues con sus sabias sentencias
de virtud ejemplo da.
Sancho Panza, su escudero,
hace reir y pensar
y cuando un refrán termina
ya comienza otro refrán.
«Gil Blas» también es un libro
que adquirió fama mundial,
pues da a conocer la vida.
con su mentira y verdad.

724141

Para todo lo que al hombre
pueda en su vida pasar
encuentra siempre un ejemplo
de cordura sin igual.

CONCHA. ¿Qué leía usted, señora?

PROFESORA. Un libro que has de guardar
siempre en tu memoria fijo,
y conveniente será
que repartas la lectura
entre dos libros que están
juntos en el mismo estante
y que no has visto quizás.

CONCHA. ¿Y qué dos libros son esos?
Gran maravilla serán
cuando usted los recomienda
con tanto interés.

PROFESORA. Sí tal.
Es el primero el «Quijote»,
que nunca te ví hojear,
mientras libros bien insulsos
leías con ansiedad.
«Gil Blas» es el otro libro
en que debes estudiar
muchas cosas que aún ignoras
y que luego ya sabrás.

CONCHA. ¡Y qué estampas más bonitas!
Pues nunca me habló mamá
de tal libro.

PROFESORA. Porque a ella
no le suelen agradar
más que Revistas de modas,
y eso si quiere sacar
algún modelo de un traje
de los que se lleven más.
Cuando veas que hace falta
la curación de algún mal,
los ejemplos de este libro
serán remedio eficaz.

CONCHA. Pronto vendrán mis amigas.

No las pude acompañar
esta tarde a ver las máscaras.
Yo también con mi disfraz
mañana podré lucirme;
me envidiarán las demás,
pues ninguna habrá podido
tanto como yo gastar.

PROFESORA. Eres bastante orgullosa.
Muchos humos tienes ya.

CONCHA. El caso es que mis amigas
mis trajes envidiarán;
por eso me dicen todas:
«Concha, ¡qué elegante vas!»

PROFESORA. La lisonja te envanece;
mas de ella debes dudar,
pues siempre con la lisonja
mentira formó hermandad.
Y ahora viene de perillas
lo que te voy a contar;
un pasaje de este libro,
que es gracioso por demás.
Llegó Gil Blas a una venta,
y cuando empezó a cenar,
entró un hombre dando gritos
exclamando: «¿Dónde está
esa octava maravilla,
ese sabio colosal,
ese emporio de la ciencia
gloria de la Humanidad?»
Quedóse el mozo aturdido
y el otro volvió a exclamar:
«Hoy ceno en vuestra compaña
en gracia de Dios y en paz.»
Y sin dejar al mancebo
ni un mal bocado probar,
arremetió a la tortilla
con apetito voraz.
Sirvieron luego una trucha,
que llevó camino igual.

y al fin se acabó la cena
que hubo el mozo de pagar;
y riendo a carcajadas,
el hambriento ganapán
le dijo: «Nunca se fíe
ni tome en serio jamás
las lisonjas y alabanzas
que le quieran prodigar
muchos que sin conocerle
jueguen con su ingenuidad.»

CONCHA. Ya entendí la moraleja.

PROFESORA. Pues otras muchas verás.
A veces quien más te adula
de tí se quiere burlar.
Conque ya sabes, Conchita;
no te olvides de Gil Blas.

CONCHA. ¿Será que me engañan todas?
¿Burlarse de mí querrán?

ESCENA II

DICHAS *y* DAMIANA

DAMIANA. ¿Qué están ustedes leyendo?

PROFESORA. Es un gran libro que vale
para aprender en el mundo
enseñanzas admirables.

DAMIANA. A mí me cargan los libros,
pues no veo que se saque
ningún producto.

PROFESORA. Señora,
no diga usted disparates.
Un buen libro enseña mucho;
pero hay que buscar la parte
más provechosa y dejar
lo malo que en él se halle.
El libro es la medicina
que puede curar los males,
pero puede ser veneno

que emponzoñe nuestra sangre.

CONCHA. Cuando me ve con un libro,
mamá suele regañarme,
y dice que pierdo el tiempo.

PROFESORA. Y si no estudiara nadie,
¿qué adelantar se podría
en las ciencias y en las artes?

DAMIANA. Yo veo que lo que estudias
ninguna falta te hace.

PROFESORA. Pues por algo estoy yo aquí,
y usted no debe quitarme
la dirección de la niña,
que tiene que presentarse
entre gentes de buen tono,
y no crea usted que es fácil
que luzca una señorita
sin que resulte pedante.

DAMIANA. ¿Y ese libro que leían...?

PROFESORA. Este es un libro muy grande,
en el que encontrarse pueden
ejemplos muy saludables.
Desde muy humilde cuna
logró Gil Blas encumbrarse
hasta encontrar en la Corte
la posición más brillante;
pero en su azarosa vida
sufrió violentos embates,
cayendo desde la altura
a que consiguió elevarse.
Y esto leyendo la niña,
le enseñará a ser amable,
pues mientras se va subiendo
no hay que temer que nos falte
la adulación, pero luego
es natural que se cambie
esa adulación en burlas
cuando la ven humillarse.
Muy bien está que la niña
aprenda música y baile

y frecuente los salones
y vista siempre elegante,
pero bueno es que recuerde
que la seda de sus trajes,
de un mísero gusanillo
hubo que sacarla antes.
El globo cuanto más sube
más pequeñito se hace
y cuando cae de su altura
el golpe es más formidable.

DAMIANA. Eso todos lo sabemos.

PROFESORA. Por eso es justo se guarde
lo que quizás algún día
no pueda recuperarse.

DAMIANA. Sabe mucho esta señora.

PROFESORA. No hay que despreciar a nadie,
pues donde menos se piensa
puede que la liebre salte.

DAMIANA. Espero, doña Consuelo,
que a comer nos acompañe.

PROFESORA. Acepto la invitación.
¡Adiós, que se me hace tarde! *(Vase.)*

ESCENA III

CONCHA *y* DAMIANA.

DAMIANA. ¿Sabes que me hizo pensar
lo que nos ha dicho antes
la Profesora?

CONCHA. ¿Por qué?

DAMIANA. Yo no entiendo ese lenguaje
que se trae, pero comprendo
que aunque prudente se calle
algunas cosas, conoce
que no somos dos magnates,
sino unas pobres tenderas
que en época no distante
nos pasábamos la vida

vendiendo aceite y vinagre.

CONCHA. Pero ya no lo vendemos
y cambió mucho la fase
de nuestra vida, y ahora
es natural que se trate
con otra clase de gentes...

DAMIANA. Que no son de nuestra clase.
Sabe Dios si por la herencia
de nuestro buen tío Angel
nos metimos ya de lleno
en donde tú me obligaste,
sacándome de mi esfera,
sin ver que es fácil se acaben
con esta vida imposible
los pocos miles de reales
de nuestro tío, ¿y qué haremos
cuando el dinero se marche?

CONCHA. ¡Pones las cosas tan negras!...

DAMIANA. Pues oye, niña; aunque rabies,
te diré que tú no aprendes
las cosas más importantes.
La música y el dibujo
es natural que te agraden;
pero hay también, no lo olvides,
escobas con que se barre
y agujas con que se cose. *(Vase.)*

CONCHA. ¿Si tendrá razón mi madre? *(Vase.)*

ESCENA IV

FLORA

MÚSICA

Hay un corralito en casa
y en el corral la bodega
y en la bodega una cuba
con vino de Valdepeñas.
Y como yo a todas horas

me estoy muriendo de sed,
doy cada tiento a la jarra
que salgo dando traspiés.
A veces la señora
se desespera,
porque tengo un poquito
de filoxera.
Y todo en la cocina
me sale mal,
pues suelo echar azúcar
en vez de sal.

—

Ayer fué un día muy negro
en que hice mil disparates
y puse un arroz con leche
con salsa de calamares.
Mas todos por darse pisto
se llenaron el baúl,
porque les dije que era
arroz a la Pompadour.
Es propio de los tontos
que nada saben
alabar a lo mismo
que otros alaben,
y dicen que es muy bueno
lo que está mal,
aunque les den azúcar
en vez de sal.

HABLADO

El caso es que todo el día
estoy hecha un zascandil,
de modo que no me dejan
ni tiempo para dormir.
Y el cuerpo pide descanso
alguna vez, porque al fin
no es de piedra berroqueña
el cuerpo; pero no ví

casa donde abusen tanto.
Yo, que soy una infeliz,
pasan carros y carretas
muchas veces sobre mí.
Mas ¿cómo ha de ser? Me aguanto,
porque ¡es claro! hay que sufrir;
y aunque la niña es muy tonta
y la señora es muy ruín,
que me cuenta los garbanzos
y me tasa el peregil,
con que pueda echar un trinquis
y mi copita de anís,
ya me tienen tan contenta
y ya no hay más que pedir.
Esta casa huele a cursi.
Tengo muy buena nariz.
Alguien viene. Es una niña.
Yo nunca la he visto aquí.

ESCENA V

FLORA *y* MARÍA.

MARÍA. ¿Da usted permiso?
FLORA. Adelante.
MARÍA. Yo busco a la señorita
FLORA. ¡Ah! Pues aguárdate un poco.
Pero siéntate, hija mía.
MARÍA. Muchas gracias; yo no sé
si se enfadará Conchita
porque no estando ella en casa
la espere yo.
FLORA. ¿No es tu amiga?
Pues, entonces, ¿por qué temes
que la ofenda tu visita?
MARÍA. Como yo soy una pobre
y ella es elegante y rica,
no sé si querrá tratarme
como en un tiempo lo hacía.

FLORA. *(Con ironía.)*
¿Y por que nó? Si ella es buena
y tan amable y tan fina,
que a la que viene a su casa
no ha de negarle una silla.

MARÍA. Siempre nos quisimos mucho,
y en nuestros juegos de niñas
siempre demostró hacia mí
una especial simpatía;
pero han cambiado los tiempos
y a veces hay quien se olvida
de la amistad y parece
que hablar de ella mortifica.
Mas yo ofenderla no quiero;
sé que será compasiva,
y al conocer mi desgracia,
me socorrerá enseguida.
¿No es verdad?

FLORA. ¡Oh! Ya lo creo.
Que muchas veces se tiran
algunas cuantas pesetas
si así la desgracia alivian.

MARÍA. Dinero que un mal socorre
al que lo da beneficia,
pues lo que al pobre se presta
Dios lo paga en la otra vida.

FLORA. Sabes mucho y me aplastaste.
Eres muchacha muy lista;
mas yo no quiero ofenderte...

MARÍA. No tema usted que yo pida
a mi amiga una limosna...
Quiero protección más digna.
Sólo quiero hallar en ella
consuelos que mi alma ansía.

FLORA. (Vale mucho esta muchacha.)

MARÍA. Mi madre está muy malita
y sólo cuenta la pobre
en su situación tristísima
con el auxilio de Dios

y el trabajo de su hija;
pero he buscado y no encuentro,
y pasan días y días
y los recursos se acaban.

FLORA. ¡Vaya, mujer! No te aflijas,
que en la noche más obscura
una estrella a veces brilla.

MARÍA. Por eso busco esa estrella,
por eso con fé venía.
¡Quiera el cielo que no salgan
mis esperanzas fallidas!
Mi madre, que por sus años
sabe bien lo que es la vida,
me dijo: «No fíes mucho
en la gente que está arriba,
pues siempre el pobre molesta,
y cuando pide, fastidia,
y cuando adular no sabe
lo echan como a una polilla.»

FLORA. Puede que tengas razón.
Concha es algo orgullosita,
pero tiene muy buen fondo
y es noble y caritativa,
y a una amiga de la infancia
habrá de atender solícita.

MARÍA. ¡Quiera Dios que así suceda!

FLORA. Yo también antes vivía
como una reina en mi casa.
¡Ay, mi casa de Sevilla!
¡Qué bien estaba yo en ella
y cómo me divertía
en el barrio de Triana
bailando unas seguidillas
y sin tener nunca penas
y con el alma tranquila!
¡Si tú supieras, muchacha,
con qué gozo y qué alegría
se vive en aquella tierra,
tierra de María Santísima!

Allí, habiendo una guitarra,
dos cañas de manzanilla
y en la ventana unas flores,
allí está mi Andalucía.
¡Y pensar que ahora me encuentro
metida en una cocina,
guisando unos calamares
y friendo pescadillas,
aguantando malas caras,
malas razones y riñas
por unas cuantas pesetas!
¡Qué mala sombra la mía!

MARÍA. Pues yo me voy, que ya es tarde;
pero volveré en seguida,
porque se van retrasando.

FLORA. ¿Y qué quieres que le diga?

MARÍA. Que luego volverá a verla
su antigua amiga María.

FLORA. Pues vete y no tardes mucho.
(¡Cuánto me agrada esta chica!)
(Vanse por la izquierda.)

ESCENA VI

CORO DE NIÑAS; *después* CONCHA.
(Las niñas vestidas de aldeanas gallegas.)

MÚSICA

CORO. Hemos logrado esta tarde
un éxito colosal;
ha sido nuestra carroza
lo mejor de carnaval.
Y se quedó la gente
entusiasmada
cuando cantamos todas
esta alborada.

No duermas, rapaza, que viene ya el día;
se oyen a lo lejos gaita y tamboril,

que ya de la fiesta se acerca la hora
y el aire perfuman las flores de abril.
Su gran romería celebra la aldea;
a orillas del Miño venid a bailar,
que ya la campana de la vieja ermita
su alegre repique nos deja escuchar.
Levántate, rapaza,
niña gentil,
que suena la gaitiña
y el tamboril.

HABLADO

CONCHA. Veo que venís alegres.
LUISA. Bien nos hemos divertido.
MATILDE. Era la mejor carroza.
LUISA. Es verdad; todos lo han dicho.
Y yo no sé por qué, Concha,
con nosotras no has venido,
teniendo como tú tienes
ese traje tan bonito
de campesina gallega.
CONCHA. Ya lo creo que es muy lindo,
pues costó mucho dinero
a mi mamá ese capricho.
LUISA. ¡Cómo te diviertes, Concha!
¡Qué vida pasan los ricos!...
En paseos, en teatros,
teniendo cuanto es preciso
y cumpliendo sus deseos...
CONCHA. ¿Y por qué no han de cumplirlos?
Las fiestas más suntuosas
llevaron siempre consigo
muchos gastos, que al hacerlos
vienen del pobre en auxilio.
(Con énfasis.) Esta noche mis salones
van a estar muy concurridos,
Habrá trajes caprichosos
y animación y bullicio,

porque toda es gente joven.

LUISA. ¿Y ese minué que aprendimos,
ese ya no lo bailamos?

CONCHA. ¡Es tan rancio, tan antiguo!
Ahora se baila el *fox-trot,*
el *two-step* y el *tabaquillo,*
y otros bailes caprichosos
que nos trajo el modernismo...
Se hará música también.

MATILDE. Pues en música la mismo.
Hoy, con los cuplés de moda
se sale del compromiso
y es el aplauso seguro.

LUISA. Niñas, que ya son las cinco
y si hemos de volver luego...

CONCHA. ¡Claro! Tendréis que vestiros.
Yo también he de acabar
algunos preparativos,
para que no falte nada
y cumplir como es debido,
pues gente de nuestra clase
cuando invita a los amigos
es preciso que con ellos
se porten de un modo digno.

LUISA. Pues hasta luego.

CONCHA. Hasta luego.

MATILDE. (¿No verá que nos reimos
de su orgullo?)

LUISA. (¡Qué simpleza!
A ésta le da por lo fino.)
(Vase el coro.)

ESCENA VII

CONCHA *y* FLORA.

FLORA. No me han dejado dormir.
¡Gracias a Dios que se fueron!

CONCHA. ¿Ya se ha despertado usted?

Como siempre está durmiendo
y parece una marmota.

FLORA. Pues hoy tengo poco sueño
y me levanté temprano;
mas no está muy bien el cuerpo,
pues yo para estar tranquila
necesito por lo menos
dormir unas doce horas:
con bien poco me contento.

CONCHA. Bueno, basta de tontunas;
¿sabe usted lo que deseo?
Como es usted andaluza
y sabe el baile flamenco,
quiero que me enseñe ahora
a bailar los panaderos,
porque esta noche es preciso
que aplaudan todos mi mérito
y digan: «¡Olé tu gracia,
tu sandunga y tu salero!»
Para mejor ensayarlo
traigo un pañolón de flecos,
para lucir mis andares,
mi garbo y mi contoneo.

FLORA. Pero, niña, ¿está usted loca?
Ya están muy duros mis huesos
para esos bailes gitanos
que bailaba yo en mis tiempos.

CONCHA. ¿Y otras veces no me ha dicho
que era un prodigio, un portento,
en panaderos y tangos,
seguidillas y jaleos?

FLORA. Ya lo creo que lo he sido,
y todavía me acuerdo
de aquel patio sevillano
y de los bailes aquellos;
cuando terciaba el mantón
y empezaba yo el cimbreo
de este cuerpecito airoso
que daba fatiga verlo,

se entusiasmaban los hombres;
me tiraban los sombreros,
diciendo: «¡Viva tu padre,
tu madre y hasta tu abuelo!»
Pero hace ya tantos años
de lo que le estoy diciendo,
pero no soy ni mi sombra.
¡Ay, qué mala sombra tengo!

MÚSICA

FLORA. Pues ya que así lo quieres;
¡arza, chiquilla!
y a bailar el bolero
como en Sevilla.
Ya te enseñé el manejo
del pañolón;
a ver si te aprovechas
de mi lección.

CONCHA. Para bailar el bolero
hay que ser muy salerosa
y mover los piececitos
de una manera graciosa.
Sonreir con alegría,
saber jugar el mantón
y hacer retumbar la casa
con los golpes del tacón.

FLORA. ¡Olé la gracia!
¡qué lista has *sío!*
Bien mis lecciones
has *aprendío!*
¡Echa otra copla!
¡Venga de ahí!
Tanto salero
yo nunca ví!

—

CONCHA. A la ventana de un preso
llegó un pajarito un día,
y él no le quiso quitar

la libertad que tenía.
Y entonces le dijo el preso:
«No has de dejarte encerrar,
porque las alas que tienes
las tienes para volar.»

FLORA. ¡Olé la gracia!
etc., etc.

HABLADO

FLORA. Eso es bailar con *sentío;*
va usted a tener el gran éxito.
Pero aquí viene Luisita
otra vez.

CONCHA. Guarda el pañuelo,
que hasta que baile esta noche
no debe ninguna verlo.

FLORA. *(Al irse.)* Con estos dichosos bailes
ni descanso ni sosiego.

ESCENA VIII

CONCHA *y* LUISA.

LUISA. Ya estoy otra vez, Conchita,
aunque digas que soy pelma.

CONCHA. Yo también me aburro sola.

LUISA. Y como estamos tan cerca...

CONCHA. ¡Claro! Sólo con bajar
dos tramos de la escalera.

LUISA. Acabo de ver tu traje.
Ya puedes estar contenta,
porque es muy linda la hechura
y muy bonita la tela.

CONCHA. Pues mira, a pesar de todo,
yo no quedé satisfecha,
y eso que aquí no se trata
de economizar pesetas,
pues somos bastante ricas.

LUISA. (¡Qué lustre se da esta mema!
En el reparto de bienes
qué mal están las hijuelas.)

CONCHA. Mamá no se mete en nada.
Tengo libertad completa
y elijo los figurines
a mi capricho.

LUISA. Es muy buena
tu mamá.

CONCHA. Sí que lo es;
pero como dice ella:
como dinero no falta
y como en casa se alterna
con gente de posición,
se burlarían si vieran
que en vez de vestir con lujo
vestíamos con modestia.

LUISA. Y dice bien. Es tan tonta
(Con marcada intención.)
la gente que nos rodea,
que solamente en la vida
se juzga por apariencias,
y hay gente tan orgullosa
que al que es pobre le desprecian,
sin comprender que es muy fácil
que pobres también se vean.

CONCHA. Sí, pero también hay muchos
que con lujo y con riquezas
tienen siempre alguna amiga
que miran con complacencia,
y esto me sucede a mí,
que no me importa que vengas
con una blusa de lana
y yo la lleve de seda.

LUISA. Gracias por la distinción,
pero yo nunca creyera
que tú me echases en cara
mi humildad y mi pobreza.

CONCHA. ¿Te picas, Luisa?
LUISA. No, Concha;
pero me da mucha pena
que siempre estés pregonando
de tu casa la opulencia,
creyendo que das envidia
a las que tiras por tierra.

ESCENA IX

DICHAS *y* MARÍA.

MARÍA. Conchita, ¿das tu permiso?
CONCHA. ¿Quién es esa pordiosera? *(Aparte.)*
MARÍA. ¿No me conoces? Soy yo,
María.
CONCHA. ¿Con qué licencia
vienes, sin que yo te llame?
LUISA. (No he visto mujer más necia.)
MARÍA. Por eso pedí permiso,
porque yo tengo vergüenza
y como no falto a nadie
estoy tranquila y serena.
Ayer vine de Segovia
con mi madre que está enferma...
LUISA. (¡Pobrecilla! ¡Me da lástima!
¡A qué mala parte llega!
Aquí al que es pobre le humillan,
pero nadie le consuela.)
CONCHA. Mucho siento esa desgracia.
MARÍA. Yo supongo que te acuerdas
de que hemos jugado juntas
y que las dos en la escuela
estábamos siempre unidas
como buenas compañeras.
¡Quién había de pensar
este cambio que hoy se observa
en tu carácter sencillo
que en orgulloso se trueca!

Pero ¡es claro! tú tuviste
la suerte de que una herencia
hiciera una gran señora
de una modesta tendera.

CONCHA. ¡Calla, imprudente!

MARÍA. No callo.

CONCHA. Te voy a arrancar la lengua.

LUISA. *(Burlona.)* ¿Y eras tú la señorita
presumiendo de nobleza,
que despreciabas a todos
con aire de gran duquesa?

CONCHA. *(A María.)* Voy a echar a los criados
porque te abrieron la puerta.
¡Vete, vete de mi casa
y a venir aquí no vuelvas,
que para pedir limosna
se pide de otra manera!

MARÍA. Limosna no te pedí;
pero acaso no recuerdas
que cuando enfermó tu madre
y la tuviste por muerta,
no se apartó de su cama
la mía, la que hoy desprecias
tratando a su pobre hija
igual que si un perro fuera.
Y pues tan mala memoria
tienes de la época aquella,
yo nada quiero pedirte
porque no tienes conciencia;
pero no te olvides nunca
que es el mundo una escalera,
que los que por ella suben
aún pueden bajar por ella.

LUISA. Guárdala para el camino,
que ya te dió la merienda.

CONCHA. Déjame en paz.

MARÍA. Ya me voy.
Pero, Concha, ten en cuenta
que aunque de seda se vista

la mona, mona se queda.

CONCHA. ¡Oh, qué humillación, Dios mío!

LUISA. ¡Cursilona! ¡Chúpate esa! *(Vanse.)*

ESCENA IX

CONCHA *y* PROFESORA.

PROFESORA. Se lució usted, señorita
¡Ya estará usted satisfecha!
¡Qué bien se debe vivir
con un corazón de piedra!
Así se sufre muy poco;
las desgracias no hacen mella;
y se vive muy tranquila
aunque los demás se mueran.

CONCHA. ¿Qué hice yo?

PROFESORA. Pues lo que nunca
pensaría yo que hicieras.

CONCHA. Es que las dos me insultaron.

PROFESORA. Pues aquí viene de perlas
otro pasaje del libro
que te encargué que leyeras.

CONCHA. ¿«Gil Blas» otra vez?

PROFESORA. «Gil Blas»,
aunque me hagas esa mueca
de desdén; he de contártelo
aunque escucharlo no quieras.

CONCHA. Hable usted, que ya le escucho
con atención la historieta.

PROFESORA. Cuando estaba Santillana
sirviendo al Duque de Lerma,
llegó a tener tanto orgullo,
que todo ante él nada era.
Pues bien, un día llegó
un paisano que en su tierra
conoció en su tierna infancia
y a quien asuntos de urgencia
le trajeron a la Corte

para arreglarlos en ella,
y al recordarle el pasado,
su familia y la miseria
en que sus padres vivían,
lo tomó a tan gran ofensa,
que con cajas destempladas
y de muy malas maneras,
lleno de rabia y orgullo,
lo arrojó de su presencia.
La pobreza de sus padres
no le conmovió siquiera,
ni recordó sacrificios,
ni a ellos les dió recompensa.

CONCHA. Basta ya, basta, señora,
ya entendí la moraleja;
mas ya estoy arrepentida.

PROFESORA. ¿Ves como ese libro enseña?

CONCHA. Ya lo veo.

PROFESORA. Pues ahora
esa mala acción enmienda,
y esas dos amables niñas
a tu amistad pronto vuelvan.
Y te dejo, que tu madre
en su gabinete espera.
Con ella voy. Nada digas.
No hace falta que lo sepa.

ESCENA X

CONCHA

¿Qué es esto, Dios mío?
Mi frente se abrasa,
me mata la duda.
No sé qué me pasa.
¿Cuál es la mentira?
¿Cuál es la verdad?
¿Por qué ya he perdido
mi tranquilidad?

Hoy a esta niña inocente
desprecié con gran dureza,
porque tuvo la osadía
de recordar mi pobreza.
Sintiendo herido mi orgullo,
de mi lado la arrojé
y las puertas de esta casa
para siempre le cerré.
Hoy, arrepentida,
pido a Dios clemencia
cuando de mi culpa
dicte la sentencia.
¿Por qué la he tratado
con tanta crueldad?
¿Dónde fué, Dios mío,
mi tranquilidad?

ESCENA XI

CONCHA *y* FLORA.

CONCHA. Oiga, Flora, venga usted,
que quiero hacerle un encargo;
llegó usted como pedrada
en ojo de boticario.

FLORA. ¡Más vale llegar a tiempo...!

CONCHA. Tres veces llamé a su cuarto,
pero no me contestó
porque estaba usted roncando
como un becerro.

FLORA. Se estima
la comparación.

CONCHA. Pues vamos
al asunto. ¿Usted ha visto
a una muchacha que ha estado
al mismo tiempo que Luisa?

FLORA. Las dos salían llorando.
Por cierto que me extrañó.

CONCHA. No tiene nada de extraño.
María, que es la más joven,
al venir aquí ha dejado
a su pobre madre enferma.
FLORA. Ahora comprendo su llanto.
CONCHA. Y Luisita enternecida
lloró al escucharla.
FLORA. Es claro.
Yo también cuando oigo penas
me entristezco y suelto el trapo,
porque yo soy tan sensible,
tengo un corazón tan blando,
que cuando veo sufrir
ya no sé lo que me hago.
CONCHA. Pues bien; yo quiero, es preciso,
es decir, es necesario,
que vuelvan esas dos niñas
que tan tristes se marcharon.
FLORA. Pues es cosa bien sencilla:
subo al tercero y las llamo,
pues las dos niñas subieron
a casa de Luisa.
CONCHA. Estamos
perdiendo un tiempo precioso.
Ande usted.
FLORA. Voy como un rayo,
y como estén los dos juntas
se lo digo y me las traigo,
y la dejo a usted tranquila.
Ya sabe usted que yo valgo...
CONCHA. ¡Qué pelma!
FLORA. ...para un barrido
igual que para un fregado.
Me estoy cayendo de sueño.
Ahora dormía yo un rato;
pero por serle a usted útil,
me voy a escape, me marcho
y vuelvo aquí con las niñas
en menos que canta un gallo. *(Vase.)*

ESCENA XII

CONCHA *y* DAMIANA.

DAMIANA. ¡Ay qué desgracia, Dios mío!
CONCHA. ¿Qué ocurre?
DAMIANA. ¡Qué descalabro
va a sufrir nuestra fortuna!
CONCHA. ¿Llora usted?
DAMIANA. Sí que he llorado.
Hace un momento ha venido
nuestro amigo don Laureano
con una mala noticia.
CONCHA. ¡Mamá, me estás asustando!
¿Qué noticia tan terrible
es esa?
DAMIANA. Pues que en el Banco
donde tenemos la herencia
de tu tío, están pasando
una crisis financiera
y va a suspender sus pagos.
CONCHA. ¿Y eso qué quiere decir?
DAMIANA. Que sin caudal nos quedamos,
porque semejante quiebra
es un terrible fracaso
para nosotras.
CONCHA. ¡Dios mío!
¡Quién pudiera remediarlo!
DAMIANA. Es decir, que no podremos
seguir con los mismos gastos,
ni tener trajes tan lindos
como los que ahora llevamos,
ni asistir como lo hacemos
con frecuencia a los teatros,
y suprimir muchas cosas.
CONCHA. ¡Oh, qué vergüenza, qué escándalo!
¿Qué dirán nuestras amigas
cuando se enteren del caso?

DAMIANA. Harán lo que tú has hecho
con esa niña que ha estado
hace un momento a pedirte
tu compasión y tu amparo,
y a la que en tu necio orgullo
arrojaste de tu lado. *(Mutis.)*

CONCHA. Sé que me porté muy mal
y que el orgullo es muy malo.
De ese libro los ejemplos
influyeron en mi ánimo
y hoy estoy arrepentida
y he de remediar el daño.
Les he mandado un aviso
y a las dos niñas aguardo,
para que olviden la ofensa
con un beso y un abrazo.
(Abre el libro.)

ESCENA XIII

CONCHA *y* PROFESORA.

PROFESORA. ¿Estás leyendo, Conchita?

CONCHA. Sí, señora.

PROFESORA. ¿Qué mirabas?

CONCHA. Mientras se viste mamá,
explíqueme estas estampas.

PROFESORA. Sí lo haré, que en todas ellas
encontrarás enseñanzas.
En ésta precisamente
tienes muy bien explicadas
la adulación, la lisonja
y la vanidad humanas.

CONCHA. ¿Este es un señor obispo?

PROFESORA. Arzobispo de Granada
querrás decir, que a Gil Blas
le vuelve airado la espalda.
Es que se enojó con él,

sí, porque no le adulaba
cuando Gil Blas le servía
y le escribía sus cartas,
y copiaba sus sermones,
sus homilías y sus pláticas.
Le agradó de tal manera,
que consiguió su privanza,
y consultado por él
en las cuestiones más árduas,
llegó a ser su predilecto,
y así dichoso se hallaba.
Pero el prelado enfermó
y algo desequilibradas
quedaron ya sus ideas
antes tan limpias y claras.
De un sermón que dijo un día
le pidió su opinión franca,
y como habló con franqueza,
le oyó con tan mala gana,
que pagándole su sueldo
le despidió de su casa,
diciéndole: «Dios te dé
prosperidad y abundancia,
y más acierto en tus juicios
al juzgar obras extrañas.»

CONCHA. ¿Y por eso se enfadó?

PROFESORA. Mira cómo está la lámina.
¡Y qué engañosa es la vida!
¡Cómo la gente se engaña
con palabras lisonjeras,
sin ver que en estas palabras
se oculta la hipocresía
con que a los necios se halaga!
Mentira carnavalesca
que de verdad se disfraza;
pero al fin la verdad viene
y la careta le arranca.
Huye de vanas lisonjas
y de adulaciones vanas,

pues ya sabrás algún día
que no en balde el tiempo pasa,
y cuando ya en tus cabellos
brillen las primeras canas
y en el espejo te mires,
verás lo que él te delata.
Con las primeras arrugas
vendrán las primeras lágrimas,
que la juventud es prenda
que prontamente se acaba,
y al fin sabrás que la vida
es sólo un baile de máscaras
donde la gente se encuentra
y al son que le tocan baila.

CONCHA. ¿Pero la verdad no existe?

PROFESORA. Sí tal, y es su luz tan clara,
que al fin de nuevo aparece
cuando el nubarrón ya pasa.
Quien solicita mercedes
de gentes que están más altas,
las enaltece y adula
hasta conseguir la gracia,
y esa gracia conseguida
pocos sus recuerdos guardan
y hay quien ingrato se burla
de aquellas gentes tan cándidas.
Si alguna vez en tu vida
la negra duda te asalta
y en tu corazón tranquilo
amargo acíbar derrama,
pon tus ojos en el cielo,
pon en Dios tu confianza,
porque Él es la verdad suma
que consuela a quien le ama...
Aquí viene tu amiguita.
Ahora a ver cómo la tratas.

CONCHA. ¿Se va usted?

PROFESORA. Sí, porque quiero
que charléis a vuestras anchas. *(Vase.)*

ESCENA XIV

CONCHA, DAMIANA; *después* MARÍA.

MARÍA. ¿Se puede?
CONCHA. Pasa, María.
MARÍA. ¿Qué quieres decirme, Concha?
CONCHA. Como te fuiste enfadada
conmigo, le dije a Flora:
«Sube a casa de Luisita.»
MARÍA. Ella fué tan cariñosa,
que al verme salir de casa
llena de triste congoja,
me dijo: «Sube conmigo,
que ya cambiarán las cosas,
y Conchita, que es muy buena,
al ver que sufres y lloras,
será cual siempre la amiga
de otros tiempos...»
CONCHA. No seas tonta.
Sólo fué una llamarada
de mi genio. Soy nerviosa,
y como tú te pusiste
tan altiva y de tal forma
me insultaste, yo, ofendida,
dije: pues tú no te mofas.
DAMIANA. Cuando se juntan dos genios
violentos, es claro, chocan,
y una parte ha de ceder
como no ceda la otra.
¡Valiente par de chiquillas!
MARÍA. Es verdad.
DAMIANA. Y sois tan bobas,
que no perdonais ofensas.
MARÍA. Conchita, ¿tú me perdonas?
CONCHA. Pero ¡si no me enfadé!
DAMIANA. No seamos rencorosas,
pues lo que el orgullo escribe

Dios desde el cielo lo borra.

MARÍA. Bien sé, querida Conchita,
que me fuí con cara fosca,
pues misericordia quise
y no hallé misericordia.
Yo no he venido a tu casa
a pedirte una limosna;
es que, evocando recuerdos
de nuestra infancia dichosa,
pensé: «Pues yo voy a verla,
no para que me socorra
como a una pobre mendiga
que con mano temblorosa
pide al primero que encuentra;
yo sólo quiero que oiga
mis cuitas, mis amarguras,
mi tristeza y mis zozobras »
Y si hallara eco en tu alma
lo que te dice mi boca,
acude tierna y solícita:
sólo quiero hallarte pródiga
de amistad y de cariño.

CONCHA. Todo eso tendrás de sobra.

MARÍA. En Segovia me dijeron:
«Conchita es muy vanidosa,
y como es rica, se olvida.»

CONCHA. ¿Eso dicen en Segovia?
(Y el caso es que dicen bien.)

DAMIANA. Es que la gente envidiosa
ve con rabia que otros suban.

CONCHA. María, tú no estás sola.
Confía en mí, que conmigo
esas penas que te agobian
hallarán pronto consuelo.

MARÍA. Dios premie tu buena obra

DAMIANA. Eso está muy bien, Conchita:
una hija más no me estorba.

ESCENA ULTIMA

DICHAS *y* PROFESORA.

PROFESORA. ¿Estabais llorando, niñas?
CONCHA. Sí, querida Profesora;
pero es llanto de cariño.
Es una amistad que torna
y que ya di por perdida.
PROFESORA. La amistad es prenda hermosa.
(A Damiana.) Traigo una noticia alegre.
Una noticia que importa
a su sosiego. He sabido
por la prensa lo que ahora
se decía, de que el Banco
estaba en quiebra. Desoiga
todo cuanto de ello digan
determinadas personas.
DAMIANA. ¿Y esas voces que corrían?
PROFESORA. Déjelos usted que corran
esos rumores; en Bolsa
reina la tranquilidad.
Ahora procure ser sobria,
que la fortuna más firme
acaba y se desmorona.
CONCHA. ¿Eso lo dice Gil Blas?
PROFESORA. ¡Ya lo creo! ¡Qué graciosa!
Pues si él hubiera guardado
en su bolsillo las doblas
qué ganó cuando la suerte
con él se mostró mimosa,
no pasara de su vida
tan intranquilo las horas,
cayendo de la opulencia
a una miseria espantosa.
DAMIANA. Agradezco la lección.
PROFESORA. No se ofenda usted, señora,
que todo cuanto yo diga

ni avergüenza, ni deshonra.

DAMIANA. Por hoy, daremos el baile,
pues hay gente criticona;
pero ya en lo sucesivo
basta de fiestas costosas.

PROFESORA. *(A Concha.)*
Y te doy la enhorabuena,
pues veo que te reformas
y las enseñanzas mías
por el buen sentido tomas.

CONCHA. Esta es mi amiga. *(Por María.)*

PROFESORA. Ya sé
que cesaron las discordias.
En el hogar y en los pueblos,
con la paz el bien se logra.
Y este portentoso libro
consulta en las fases todas
de tu vida, y sus consejos
guarda siempre en tu memoria.
(Las dos niñas se abrazan.)

CONCHA. Siempre hermanas.

MARÍA. Siempre hermanas.

PROFESORA. Ese proceder os honra,
que Dios protege al humilde
y al soberbio le abandona.

TELÓN

Lit. Imp. U. M. E. Santo Tomé, 4.-Madrid.

ZARZUELAS INFANTILES

muy morales y fáciles, a propósito para Colegios, Conventos, etc.

	Ptas.
Arias.—*Horas de recreo.* Niños:	
La partitura completa	12
El libreto (G. Arias)	1,25
— *La cacería del Rey.* Ópera para niños o niñas y niños:	
La partitura completa	15
El libreto (G. Arias)	1,25
Busca.—*La canción de la gitana.* Niños y niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Zahonero)	1,25
Carlos.—*El mesón de los estudiantes.* Niños o niños y niñas:	
La partitura completa	10
El libreto (J. Carlos)	1,25
— *La muñeca fingida.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Carlos)	1,25
Ferrer.—*El ruego de una madre.* Niñas y niños:	
La partitura completa (2 actos). .	6
El libreto (S. Cruellas)	2
Hernández.-*¡A las máscaras!* Niños y niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (I. Hernández)	1,25
— *Artistas en miniatura.* Niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (I. Hernández)	1,25
— *Estrella o la cristiana cautiva.* Niñas y niños:	
La partitura completa	6
El libreto (I. Hernández)	1,25
— *La virtud premiada.* Niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (I. Hernández)	1,25
Perillán.—*Choza y palacio.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (M. Perillán)	1,25
Rubio.-*El talento y la virtud.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (R. F. Liern)	1,25
Saco del Valle.—*La bella condesita.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (M. F. y L.).	1,25
— *La soberbia humillada.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (M. F. y L.).	1,25
Santonja.—*Caridad.* Niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (M. Cerezo y Garrido) .	1,25
— *El nacimiento del niño Dios.* Niñas o niños:	
La partitura completa	6
El libreto (M. Cerezo y Garrido) .	1,25
Taboada.—*Canuto Sonsonete.* Niñas y niños:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Zahonero)	1,25

	Ptas.
Taboada.—*El caballo Cravileño.* Niñas y niños:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña).	1,25
— *El espejo.* Diálogo con música para niña y niño o dos niñas:	
La partitura y el libreto (letra de J. Redondo Menduiña) . . .	4
— *Goya.* Niñas y niños:	
La partitura completa	7,50
El libreto	1,25
— *La bendición de los campos.* Niños y niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La corona de la Virgen.* Niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La fiesta del árbol,* Niños y niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La jura de la Bandera.* Niños y niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La oveja perdida.* Niños y niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La primera comunión.* Niñas:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *La Romería de la Virgen.* Niñas y niños:	
La partitura completa	6
El libreto (R. Taboada)	1,25
— *Lazo de unión.*	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *Lo antiguo y lo nuevo.* Niños:	
La partitura completa	6
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *Pastores y Reyes.* Niños y niñas:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Zahonero)	1,25
— *Reparto general.*	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *San Isidro Labrador.* Niñas y niños:	
La partitura completa	7,50
El libreto (J. Redondo Menduiña)	1,25
— *Una hora de estudio.* Monólogo con un número de música para niña:	
La partitura y el libreto (letra de R. Taboada)	4
Trueba.—*La redención de un padre.* Niños:	
La partitura completa (2 actos). .	12
El libreto (L. Ubeda)	2